

deros, echados en las losas, atados por las patas á las columnas, balaban tristemente de sed.

Pero la multitud sobre todo se apiñaba, con suspiros de envidia, en torno de los tejidos y de las joyas. Mercaderes de las colonias fenicias, de las islas griegas, de Tardis, de la Mesopotamia, de Tadmor, unos con soberbias túnicas de lana bordada, otros con toscos tabardos de cuero pintado, desdoblaban los paños azules de Tiro, que reproducían el brillo de los cielos de Oriente, y las sedas impúdicas de Sheba, de una transparencia verde, y las telas solemnes de Babilonia que siempre me extasiaban, negras, con largas flores color de sangre... Dentro de cofres de cedro, esparcidos sobre tapetes de Galacia, relucían espejos de plata simulando la luna y sus rayos, amuletos y talismanes de turmalina que los hebreos usan en el pecho, y brazaletes de pedrería, enfilados en cuernos de antílopes.

Entramos en la galería llamada Real, toda ella consagrada á la Doctrina y á la Ley. Allí cada día cuestionaban rencorosamente Saduceos y Escribas, Soforins y Fariseos, Sectarios de Esquemaia y Sectarios de Hilel, Juristas, Retóricos, fanáticos de toda la tierra judaica. Disputaban sobre temerosos puntos de Doctrina. ¿Se puede comer un huevo de gallina puesto en día de Sabbhat? ¿Por qué hueso de la espina dorsal comienza la Resurrección? El filósofo Topsisius reía, escondiendo la boca bajo un pliegue de su capa; pero yo temblaba cuando los doctores cadávericos y barbudos nos miraban con ojos cólericos.

Se aproximaba la sexta hora judaica, la más grata al Señor, cuando el sol, en su marcha hacia el mar, se detiene sobre Jerusalem y la contempla con pasión. Para acercarnos al atrio de Israel, tuvimos que hacernos trabajosamente paso entre la multitud que allí se removía, llegada de toda la tierra culta y bárbara... El rudo sayo de los

buhoneros de Idumea rozaba la clámide corta de los griegos rasurados, más blancos que mármoles. Había hombres solemnes de las pláncies de Babilonia, con las barbas metidas dentro de sacos azules que una cinta de plata les prendía á las mitras de cuero pintado; y había gauleses rubios, de bigotes colgantes como las hierbas de sus lagunas, que reían y hablaban devorado con sus dientes las mondas de los limones de Siria. A veces un romano togado pasaba tan grave, como si descendiese de un pedestal.

Así, lentamente, llegamos á la puerta llamada «La Bella», que daba acceso al atrio sagrado de Israel. Bella en verdad, preciosa y triunfal sobre sus cuatro gradas de mármol verde de Numidia: sus largas hojas, revestidas de chapas de plata, brillaban como un relicario. Las columnas laterales, semejantes á gruesos haces de palmas, sustentaban una torre redonda y blanca, guarnecida de los escudos tomados á los enemigos de Judá, brilladores al sol, como un collar de gloria sobre el pescuezo fuerte de un héroe. Más adelante, erguíase severo un pilar que remataba con una placa negra, donde se leía, en letras de oro, esta amenaza en griego, en latín y en caldeo: «Qué ningún extranjero penetre aquí bajo pena de la vida.»

Afortunadamente avistamos al flaco Gamaliel, que se encaminaba al Santo Patio, descalzo, apretando contra el pecho un haz de espigas votivas; con él venía un hombre risueño, de rostro encendido, coronado por una enorme mitra de lana negra, adornada con hilos de coral... Inclínados sobre las losas saludamos al austero Doctor de la Ley. El salmodió, con los párpados entornados:

— Sed bienvenidos... Esta es la hora mejor para recibir la bendición del Señor. Vosotros hoy pertenecéis milagrosamente á Israel. Subid á la morada del Eterno. Este que viene conmigo es Eliezer de Silo, benéfico y sabio, entre todos, en el conocimiento de las cosas de la naturaleza.

Nos dió dos espigas de maíz; y tras él pisamos con nuestras suelas gentílicas el Atrio interdicto de Judá.

Caminando á mi lado, Eliezer de Silo, cortés y suave, preguntó si era remota mi patria y peligrosos los caminos...

Yo murmuré recatadamente:

—Sí... Venimos de Jericó.

—¿Es buena por allá la cosecha de bálsamo?

—Sí, admirable, — afirmé con calor. — Alabado sea el Eterno, porque en este su año de gracia, lo que es de bálsamo estamos allá como queremos.

Él pareció regocijado. Entonces me refirió que era uno de los médicos que residen en el Templo, donde los sacerdotes sufren con frecuencia disturbios intestinales por pisar sudados y descalzos las losas frías de los atrios.

—Por eso, — murmuró él con una chispa alegre en los ojos, — el pueblo de Israel nos llama siempre *Doctores de la Tripa*.

Me reí á carcajadas de aquella jocosidad así murmurada en la austera morada del Eterno... Después, recordando mis molestias intestinales de Jericó, por amar demasiado los divinos y pérfidos melones de Siria, pregunté al amable físico si en tales casos preconizaba el bismuto.....

El sabio movió cautamente su mitra. Después, clavando un dedo en el aire, me dijo en secreto esta receta incomparable:

—Tómase goma de Alejandría, azafrán del jardín, una cebolla de Persia y vino negro de Emaus... Se mezcla, se cuece... Se deja enfriar en un vaso de plata... Se coloca el enfermo en una encrucijada, al nacer el sol...

Enmudeció súbitamente con los brazos abiertos y el rostro inclinado al suelo. Habíamos penetrado en el soberbio atrio llamado Patio de las Mujeres; en aquel instante terminaban las bendiciones que á la sexta hora un

sacerdote va á echar sobre el pueblo desde lo alto de la puerta de Nicanor. Severa, toda de bronce, con sus dos hojas abiertas, la puerta dejaba entrever allá al fondo los oros, la nieve y la pedrería del santuario refulgiendo con serenidad. Por las gradas más lustrosas que alabastros, se tendían dos filas de Levitas arrodillados y vestidos de blanco. Por entre aquellos hombres postrados, descendía lentamente un anciano con un incensario de oro en las manos... Su túnica tenía la cimbra orlada de esmeraldas: los pies, sin sandalias y teñidos de rojo, parecían de coral: en el centro de la faja que le ceñía la cintura brillaba bordado en oro un gran sol. Con la barba aguda y dura alzada al cielo, el viejo incensó el lado de Oriente y de las arenas, después, el lado de Occidente y de los mares; el recogimiento era tan elevado que se oía en el fondo del santuario el lento mugido de los bueyes. Descendió más; alzó la mitra salpicada de joyas, y movió el incensario que brilló al sol: con el humo blanco, pareció extenderse tenue y fragante, sobre Israel, la bendición del Muy Fuerte. Entonces, los Levitas, unisonamente hirieron las cuerdas de sus liras. Todo el pueblo erguido, con los brazos alzados al cielo, entonó un salmo celebrando la eternidad de Judá... Súbitamente, todo cesó; los Levitas descendían por la gradería de mármol sin un rumor de sus pies desnudos; Eliezer de Silo y el rígido Gamaliel habían desaparecido bajo los Pórticos; en rededor, el claro patio resplandecía lleno de mujeres. Pronto mis ojos dejaron de admirar mármoles y bronces para quedar cautivos, fijos en aquellas hijas de Jerusalem, llenas de gracia y morenas como las tiendas de Cedar. Todas llevaban en el Templo el rostro descubierto. Apenas un ligero velo á la moda romana, envuelto delicadamente al turbante, ponía en torno de los rostros una albura de espuma donde los negros ojos adquirirían un encanto húmedo y amoroso, enlanguidecidos por las negras pestañas alargadas

por la tintura de cipro. La abundancia bárbara del oro y de las pedrerías envolviólas en un resplandor trémulo, desde los pechos fuertes hasta los cabellos más frescos que la lana de Galaad. Las sandalias bordadas sonaban sobre las losas con una melodía argentina. Las más ricas caminaban solemnemente entre esclavas vestidas de paños amarillos, que sostenían el parasol de plumas de pavo real. Las más pobres, con una sencilla camisa de algodón multicolor, y sin más joyas que un rudo talismán de coral, corrían, charlaban, mostrando desnudos los brazos y el cuello dorados por el sol como un fruto sabroso. Sobre todas revoloteaba mi deseo, como una abeja que duda entre flores de igual dulzura.

Tirándole de la manga á Topsius murmuré:

—¡Ah, Topsius, Topsius, qué mujeres! ¡Las hay que roban el sentido!

El sabio afirmaba con desdén que aquellas mujeres no tenían más intelectualidad que los pavos reales del jardín de Antipas. Lo probable era que ninguna hubiese leído á Sófocles y Aristóteles... Al oírle, yo me encogía de hombros. ¡Oh, esplendor de los cielos! ¡Por cuántas de aquellas mujeres que no leyeran á Sófocles no diera yo una ciudad de Italia y toda Iberia, á poder tanto como César! Unas me asombraban por su gracia de vírgenes devotas que vivían en la penumbra constante de sus estancias de cedro, con el cuerpo saturado de perfumes y el alma henchida de oraciones. Otras me deslumbraban por la suntuosidad sólida y apetitosa de su belleza. ¡Qué rasgados y negros ojos de ídolos! ¡Qué blancos y soberanos brazos de mármol! ¡Qué magníficas desnudeces, cuando al borde de sus lechos bajos soltasen los cabellos pesados y resbalasen dulcemente los velos y los linos de Galacia!...

Fué necesario que Topsius, tirándome del albornoz, me arrastrase hacia la puerta de Nicanor.

—¡Ay, hijas de Sion, sois capaces de trastornar á cualquiera!

Al volverme, empujado por el docto historiador, di de narices contra un cordero blanco que un viejo conducía al hombro, sujeto por las patas y adornado de rosas. Delante de nosotros alzabase una larga balaustrada de cedro labrado.

—Aquí—dijo el erudito Topsius—es donde se dan á beber las aguas amargas á las mujeres adúlteras... Y ahora, don Raposo, ahí tiene á Israel adorando á su Dios.

¡Era el Atrio sacerdotall Yo sentí un estremecimiento ante aquel santuario, entre todos suntuoso y deslumbrante. En medio alzabase, construido con enormes piedras negras, el altar de los Holocaustos. A cada lado enristrabase un cuerno de bronce: del uno pendían guirnaldas de lirios, del otro hilos de corales, del otro goteaba sangre. Del centro del altar elevabase una humareda rojiza y lenta: en derredor se agrupaban los sacrificadores, descalzos y vestidos de blanco, con horquillas de bronce en las manos pálidas, pinchos de plata y largos cuchillos sujetos en los cintos color de cielo... En el afanoso y severo rumor del ceremonial sacrosanto se confundía el balar de los corderos y el son argentino de los platos, el crepitar de la leña y el golpe sordo de los mazos, el cantar lento del agua en los tazones de mármol y el estridor de las bocinas. A pesar de los aromas que ardían en pebeteros de bronce y de los largos abanicos de palma con que los siervos del Templo agitaban el aire, yo tuve que llevarme el pañuelo á las narices molestado por aquel olor de carne cruda, de sangre, de gorduras fritas y de azafrán, que el Señor reclamó á Moisés como el don más preciado que puede recibir de la tierra...

En el fondo, bueyes adornados de flores y terneras blancas con los cuernos dorados sacudían mugiendo las cuerdas que los sujetaban á fuertes argollas de bronce; más

lejos, sobre mesas de mármol, se veían, bermejos y sangrientos, grandes trozos de carne sobre los cuales balanceaban los Levitas abanicos de plumas para ahuyentar las moscas. De columnas rematadas por brillantes globos de cristal pendían corderos muertos que los Nethenims desollaban con cuchillos de plata. Coronados por una mitra redonda de metal, esclavos idumeos limpiaban constantemente las losas con esponjas.

A cada momento algún viejo sacrificador, descalzo, dirigíase al altar llevando en alto un cordero tierno que no balaba, contento y abrigado entre los dos brazos desnudos: un tañedor de lira le precedía; detrás, los Levitas conducían jarros de aceites aromáticos. Frente al ara, rodeado de acólitos, el sacrificador lanzaba sobre el cordero un puñado de sal; después, salmodiando, le cortaba un mechón de lana entre los cuernos. Las bocinas resonaban; un grito del animal herido se perdía en el tumulto sagrado; por encima de las tiaras blancas, dos manos bermejas se alzaban en el aire, sacudiendo la sangre; del fondo del altar resaltaba, avivada por los aceites y las gorduras, una llama de alegría y de oferta; y el humo rojizo y lento ascendía serenamente al azul, llevando en sus nubes el aroma que deleita al Eterno.

—Esto es un matadero,—murmuré yo aturdido.—Esto es un matadero. Amigo Topsius, vámonos allá, adonde estaban las mujeres...

El sabio miró al sol. Después, gravemente, apoyando en mi hombro su mano amiga, murmuró:

—Es casi la nona hora, don Raposo... Tenemos que ir fuera de la puerta Judiciaria, más allá del Gareb, á un sitio agreste que se llama el Calvario.

Palidecí. Me parecía que ninguna ventaja espiritual obtendría mi alma, y que ninguna inesperada adquisición enriquecería el saber de Topsius por irnos á contemplar en lo alto de un cerro, entre tojos y zarzas, á Jesús de

Nazareth atado á un madero y sufriendo; aquello solamente sería un tormento para nuestra sensibilidad. Pero seguí sumiso á mi sabio amigo. Al penetrar en una sórdida y andrajosa calle que se retorció bajo viejos toldos de esparto, me volví hacia el Templo; desde allí sólo se veía la muralla de granito sombría y formidable. Aquella arrogancia de su eternidad, llenó de cólera mi corazón. Mientras sobre una colina destinada á los esclavos, el hombre de Galilea, el incomparable amigo de los hombres, agonizaba en su cruz y se apagaba para siempre aquella pura voz de amor y de espiritualidad, el Templo que lo mataba permanecía allí, rutilante y triunfal, con el balar de sus ganados y el murmullo de sus sofismas, con la usura bajo los Pórticos y la sangre sobre las Aras, con la iniquidad de su duro orgullo y la inoportunidad de su perenne incienso... Entonces, con los dientes cerrados, mostré el puño á Jehová y á su ciudadela.

—¡Arrasados seáis!

No volví á abrir mis labios secos hasta llegar á la estrecha puerta de las murallas de Ezekiah, que los romanos denominaban *Judiciaria*. Estremecíme allí al ver colgado en un pilar de piedra un pergamino con tres sentencias transcritas: «La de un ladrón de Bettebara, la de un asesino de Emath y la de Jesús de Galilea». El escriba del Sanhedrín que conforme á la ley allí vigilara para recoger, hasta que los condenados pasasen, algún inesperado testimonio de inculpabilidad, iba á partir con sus tabularios bajo el brazo, después de trazar sobre cada sentencia una gruesa rúbrica bermeja. Y aquella plumada final, trazada aprisa por un escriturario que regresaba contento á su

morada para comer el cordero de Pascua, me conmovió más que la melancolía de los Libros Sintos.

Vallados de cactus en flor bordeaban el camino. Ante nuestros ojos se extendían verdes otros donde muros de piedra, vestidos de zarza rosa, limitaban los huertos. Todo allí resplandecía festivo y pacífico. A la sombra de los pilares de las parras algunas mujeres hilaban. En derredor jugaban los hijos pequeños con el cuello cargado de amuletos de coral... Por el camino descendía una recua de lentos dromedarios, que conducían mercancías para Joppé. Delante de nosotros caminaba lentamente, apoyándose en el hombro de un niño que le guiaba, un viejo pobre, de luengas barbas, que llevaba colgada del cinto la lira griega de cinco cuerdas y sobre la frente una corona de laurel. Delante de una cancela pintada de rojo que se abría en un muro blanco, dos siervos esperaban sentados en un tronco con los ojos bajos y las manos sobre las rodillas. Topsisius se detuvo tirándome del albornoz:

—Decid, ¿es este el huerto de José de Ramatha, un amigo de Jesús, miembro del Sanhedrín, hombre de espíritu inquieto, que se inclina hacia el partido de los Esenios?... ¡Pero ahí viene Gad!

Del fondo del huerto, por una calle de mirtos y rosas descendía Gad corriendo con una cuerda y un cesto de mimbres colgado en un palo. Nos detuvimos.

—¿El Rabi?—gritó el alto historiador, trasponiendo la cancela.

El esenio entregó a uno de los esclavos la cuerda y el cesto que estaba lleno de mirra y de hierbas aromáticas y quedó un momento ante nosotros, trémulo, sofocado, con la mano apoyada en el corazón para dominar su ansiedad. Por fin murmuró:

—¡Sufrió mucho! ¡Sufrió cuando le atravesaron las manos!... ¡Todavía sufrió más cuando le alzaron en la cruz!... ¡Al principio rechazó el vino de Misericordia que le daría

la insensibilidad!... ¡El Rabi ansiaba entrar con el alma clara en la muerte por la cual había llamado!... Pero José de Ramatha y Nicodemo estaban allí vigilando. Ambos le recordaron las cosas prometidas una noche en Bethania!... ¡Entonces el Rabi bebió!...

El esenio fijó en Topsisius los ojos relucientes, como para clavar en su alma una recomendación suprema y habló con grave lentitud:

—Esta noche, después de la cena, en el huerto de Gamaliel.

Y otra vez desapareció en la calle fresca, que orillaban los mirtos y los rosales. Topsisius abandonó pronto el camino de Joppé, para tomar por un atajo agreste, donde mi largo albornoz se prendía en los espinos. Mientras caminábamos, mi docto amigo me explicaba lo que era la Divina Misericordia: era un vino fuerte de Tharses, cocido con yerbas aromáticas y especias y servido por una cofradía de mujeres devotas para insensibilizar a los crucificados... Yo apenas escuchaba al sabio historiador de los Herodes. En lo alto de un cerro, cubierto de zarzas y peñascos, avistara, destacándose duramente en el claro azul del cielo, un grupo de gente que estaba inmóvil: en medio, alzábanse los extremos de tres maderos y se movían, brillando al sol, yelmos bruñidos de legionarios. Turbado, me apoyé en un peñasco que había a un lado del camino; pero viendo a Topsisius caminar con la sabia serenidad de quien considera la muerte una purificadora liberación de las formas imperfectas, no quise ser menos fuerte ni menos espiritual. Me quité el albornoz que me ahogaba y subí intrépidamente a la colina.

De un lado, ahondábase el valle de Hinom, yermo y lívido, sin una hierba, sin una sombra, manchado de huesos y de cenizas. Delante de nosotros el cerro mostraba la cumbre cubierta con manchas leprosas de tojo negro. El sendero donde nuestros pasos espantaban los lagartos, iba

á perderse entre las ruinas de una cabaña hecha de adobes: dos abedules, más tristes que plantas crecidas en las grietas de un sepulcro, alzaban á uno y otro lado su ramaje áspero y sin flor donde cantaban las cigarras. En la sombra tenue, cuatro mujeres descalzas, desgredadas, con desgarrones de duelo en las túnicas pobres, lloraban como en un funeral.

Una, inmóvil, arrimada á un tronco, gemía sordamente bajo la punta del manto negro: otra, exhausta de lágrimas, estaba sentada en una piedra con la cabeza inclinada sobre las rodillas, y los espléndidos cabellos rubios y sueltos tocaban el suelo. Las otras dos deliberaban, arañadas, ensangrentadas, golpeándose desesperadamente el pecho: de tiempo en tiempo levantaban al cielo los brazos desnudos y clamaban mirando á la cumbre del cerro:

—¡Oh, mi encanto! ¡Oh, mi tesoro! ¡Oh, mi sol!

Y un perro, que parecía vagar perdido entre las ruinas, aullaba también siniestramente.

Despavorido, tiré de la capa al docto Topsisius y cortamos á campo traviesa hasta la cumbre donde se apiñaban siervos del Templo, vendedores de frutas y algunos sacerdotes miserables de los que viven de la ignorancia y de las limosnas. Delante de la blanca capa en que Topsisius se envolvía, se encorvaron murmurando serviles bendiciones dos cambistas, con monedas de oro pendientes de las orejas. Una cuerda de esparto, presa á postes clavados en el suelo para aislar las cruces, nos detuvo. En el lugar donde nosotros hicimos alto, hacía veces de poste un viejo olivo que tenía colgados de las ramas escudos de legionarios y un manto bermejo.

Ansioso, alcé los ojos hacia la cruz más alta, clavada con cuñas en la hendidura de un peñasco. El Rabí agonizaba. Aquel cuerpo que no era de mármol, ni de plata, y que jadeaba vivo, caliente, atado y clavado á un madero, con un paño viejo arrollado á la cintura, y un travesaño

pasado entre las piernas, me llenó de terror y de espanto... La sangre que había manchado la madera nueva ennegrecía sus manos, coagulada en torno de los clavos: los pies casi tocaban el suelo, amarrados por una gruesa cuerda, rojos y torcidos de dolor. La cabeza, ora obscurcida por una onda de sangre, ora más lívida que un mármol, rodaba de un hombro á otro dulcemente; y por entre los cabellos enmarañados que el sudor empastara, los ojos agonizaban sumidos, apagados, pareciendo llevarse para siempre, con su luz, toda la luz y toda la esperanza de la tierra...

El centurión, sin manto, con los brazos cruzados sobre la coraza de escamas, rondaba gravemente al pie de la cruz del Rabí, clavando á veces los ojos duros en el grupo lleno de rumores y de risas que formaba la gente del Templo. Topsisius me mostró, cercano á nosotros, un hombre cuya faz amarilla y triste casi desaparecía entre dos largos mechones de cabellos negros que le descendían sobre el pecho: abría y enrollaba con impaciencia un pergamino, ora expiando la marcha lenta del sol, ora hablando en voz baja con un esclavo que estaba á su lado.

—Es José de Ramatha,—me dijo el docto historiador.—Acerquémonos á él: nos dirá cosas que conviene saber...

Pero en aquel instante, de entre el bando sórdido de los siervos del Templo y de los sacerdotes miserables, partió un sordo rumor, como graznar de cuervos en la altura. Y uno de ellos, colosal y escualido, levantando los brazos hacia la cruz del Rabí, gritó entre una tufarada de vino:

—Tú que eras fuerte y querías destruir el Templo, ¿por qué no rompes ahora el palo de esa cruz?

En torno, estallaron risas brutales. Otro, con las manos sobre el pecho y encorvándose con infinito sarcasmo, saludaba al Rabí:

—¡Herederero de David! ¡Oh, mi príncipe! ¿Qué te parece ese trono?

—¡Hijo de Dios, llama á tu padre, á ver si tu padre te salva!— gritaba á mi lado un viejo, con toda la barba estremecida, apoyado en su bastón.

Nos acercamos á José de Ramatha, que se apartó bruscamente esquivando la inoportunidad del sabio Topsius. Ofendidos de su rudeza, nos quedamos al pie del olivo seco, frente á las cruces.

Los dos condenados habían vuelto de su primer desmayo bajo la frescura de la brisa de la tarde. El uno grueso, velludo, con el pecho hacia fuera, como si fuesen á estallar sus costillas en un desesperado esfuerzo para arrancarse del madero, ululaba sordamente: la sangre goteaba lenta de sus pies negros y de sus manos abiertas: abandonado, sin cariño y sin piedad que lo asistiesen, era como un lobo herido que aúlla y muere en un jaral. El otro, delgado y rubio, pendía sin un gemido. Frente á él una mujer macilenta y vestida de harapos, apoyando á cada instante las rodillas sobre la cuerda, extendía hacia él sus brazos que sostenían un niño desnudo y gritaba ya ronca:

—¡Mira aún, mira aún!

Los párpados lívidos no se movían. Un negro que guardaba las herramientas de la crucifixión, iba empujándola con blandura: ella, muda, apretaba desesperadamente á su hijo para que no se lo llevasen también, batiendo los dientes y temblando toda; y el niño, entre los harapos, buscaba el seno escualido.

Algunos soldados sentados en el suelo, desdoblaban las túnicas de los supliciados. Abajo, en la polvareda del camino, bajo el sol apacible, pasaba la gente que volvía pacíficamente de los campos y de los huertos. Un viejo aguijoneaba sus vacas hacia la puerta de Genath, Mujeres,

cantando, acarreaban leña: un jinete trotaba, envuelto en un manto blanco. A veces, los que atravesaban el camino, ó volvían de las pomaradas de Gareb, al ver las cruces, subían a la colina lentamente. El rótulo de la cruz del Rabí, escrito en griego y en latín, causábase asombro: «Rey de los Judíos». ¿Quién era aquel hombre? Dos manebos, patricios y saduceos con aretes de perlas en las orejas y bordados de oro en los borceguies, interpellaron al centurión escandalizados. ¿Por qué escribe el Pretor: «Rey de los Judíos»? ¿Acaso aquel que estaba clavado en la cruz era Cayo Tiberio? ¡Sólo Tiberio era rey de Judea! El Pretor había querido ofender á Israel, pero, en verdad, sólo ultrajaba á César...

Impasible, el centurión hablaba á dos legionarios que removían la tierra con gruesas barras de hierro. Y la mujer que acompañaba á los saduceos, una romana menuda y morena, con cintas de púrpura en los cabellos empolvados de azul, contemplaba suavemente al Rabí y aspiraba su frasco de esencias, condolida de aquel hombre joven, rey vencido, rey bárbaro, que moría en el suplicio de los esclavos. Cansado, fui á sentarme con Topsius en una piedra. Era cerca de la octava hora judaica: el sol, sereno como un héroe que envejece, descendía hacia el mar por encima de las palmeras de Bethania. Delante de nosotros el Gareb verdeaba cubierto de jardines. Y allá en lo alto de la Torre Híppica, que extendía ya su sombra sobre el valle de Hinom, algunos soldados de pie, sobre la barbacana, asestaban sus ballestas á los buitres que volaban en el azul.

Triste y aburrido, yo pensaba en el Egipto, en nuestras tiendas, en la bujía que, por olvido, dejara allí encendida, y en esto estaba cuando avisté, subiendo á la colina lentamente, apoyado en el hombro del niño que le guiaba, un viejo con quien ya nos cruzáramos en el camino de Joppé, y que llevaba una lira colgada de la cintura. Sus pasos se arrastraban más inciertos, en la fatiga de una jornada penosa: una gran tristeza abatía sobre su pecho la clara barba ondeante, y bajo el manto color de guinda que le cubría la cabeza, pendían mustias las hojas de su corona de laurel.

Topsius le gritó:

— ¡Eh, Rapsoda!

Y cuando él, tentando los brezos del camino se acercó, el docto historiador preguntóle si de las dulces Islas traía algún canto nuevo. El viejo alzó la faz entristecida y muy noblemente murmuró que una juventud imperecedera sonríe en los más antiguos cantos de Helenia. Después, habiendo apoyado las sandalias sobre una piedra, tomó la lira entre sus manos distraídas: el niño, derecho, con las pestañas bajas, puso la boca en una flauta de caña; y en el resplandor de la tarde que envolvía y doraba á Sion, el Rapsoda lanzó un canto ya trémulo, pero glorioso y henchido de adoración, como ante el ara de un templo, en una playa de Jonia... Yo adiviné que cantaba los Dioses y su belleza y su actividad heroica. Decía el Delfico, imberbe y color de oro... Pero súbitamente un grito llenó el espacio partiendo de lo alto de una colina: fué un grito supremo, arrebatado y libertador. Los dedos cansados del viejo enmudecieron sobre las cuerdas de metal: con la cabeza inclinada, marchita la corona de laurel épico, parecía llorar sobre la lira helénica, desde aquel momento en adelante, y por largas edades, silenciosa é inútil. A su lado, el niño, apartando la flauta de sus labios, alzaba ha-

cia las cruces negras los ojos claros, á donde parecía asomarse la curiosidad y la pasión de un mundo nuevo.

Topsius le preguntó al viejo su historia y él la refirió con amargura. Había llegado de Samos á Cesárea, y tocaba su lira, junto al Templo de Hércules. Pero la gente abandonaba el puro culto de los héroes; y sólo había fiestas y ofrendas para la Diosa de Siria. Después, había acompañado á unos mercaderes hasta Tiberiades: los hombres allí no respetaban la vejez y tenían corazones mezuquinos, como esclavos. Siguiera entonces por los largos caminos, parando en los puestos de los romanos donde los soldados le escuchaban: en las aldeas de Samaria llamaba á las puertas de los lagares donde se pisaba la uva; y para ganarse el pan duro, había tocado la cítara griega en los funerales de los bárbaros. Ahora erraba allí, en aquella ciudad donde había un gran Templo y un dios feroz y sin forma que detestaba á los hombres. Su deseo era volver á Mileto, su patria, sentir el débil murmullo de las aguas del Meandro, y poder palpar los mármoles santos del Templo de Febo Didimeo, á donde, siendo niño, había llevado en un cesto y cantando los primeros rizos de sus cabellos...

Las lágrimas rodaban por su faz, tristes como la lluvia por un muro en ruinas. Yo sentí una gran piedad por aquel Rapsoda de las islas de Grecia, perdido también en la dura ciudad de los judíos. Le entregué mi última moneda de plata. Él descendió la colina, apoyado en el hombro del niño, lento y encorvado, con la orla deshilachada de su manto enredándosele en las piernas desnudas, y muda y mal segura en el cinto, la lira heroica de las cinco cuerdas.

En tanto, al rededor de las cruces, creció un rumor de revuelta. La gente del Templo, con las manos en alto, mostrando el sol, que descendía como un escudo de oro



hacia el mar de Tiro, intimaba al centurión para que bajase los condenados de la cruz antes de sonar la hora santa de Pascua. Los más devotos reclamaban que se aplicase á los crucificados el *crurifragio* romano, quebrándoles los huesos con barras de hierro y arrojándolos al despeñadero de Hinom. La indiferencia del centurión exasperaba el celo piadoso. ¿Osaría aquel romano macular el Sabbath dejando un cuerpo muerto en el aire?

—¡El sol declina! ¡El sol va á dejar el Hebrón!—gritó de encima de una piedra un Levita aterrado.

—¡Rematadlos, rematadlos!

Y á nuestro lado un hermoso mancebo exclamaba revolviendo los ojos lánguidos y moviendo los brazos llenos de brazaletes de oro:

—¡Echad el Rabí á los cuervos! Dad á las aves de rapiña su Pascua.

El centurión, que miraba á lo alto de la torre Mariana, donde los escudos brillaban heridos por el sol poniente, hizo una señal con la espada. Dos legionarios, echándose pesadamente al hombro las barras de hierro, marcharon tras él, hacia las cruces. Yo, estremecido, agarré el brazo de Topsisus; pero enfrente del madero de Jesús, el centurión se detuvo alzando la mano...

El cuerpo blanco y fuerte del Rabí tenía la serenidad de la muerte: los pies, empolvados, que poco antes torcía el dolor, pendían ahora rectos hacia el suelo como si fuesen á pisarle en breve: el rostro no se veía, echado dulcemente hacia atrás, sobre uno de los brazos de la cruz, vuelto hacia el cielo donde Jesús había puesto su deseo y su reino... Yo también miré al cielo: brillaba sin una sombra, sin una nube, liso, claro, mudo, muy alto, y lleno de impasibilidad...

—¿Quién reclama el cuerpo de este hombre?—gritó el Centurión murmurando á uno y á otro lado.

—¡Yo que le amé en vida!—exclamó acercándose José de Ramatha y extendiendo por encima de la cuerda su pergamino.

El esclavo que esperaba á su lado extendió entonces en el suelo la tela de lino y corrió hacia las ruinas de la baña donde las mujeres lloraban entre los abedules.

A nuestra espalda, fariseos y saduceos que se habían juntado comentaban, rencorosos, que José de Ramatha, un miembro del Sanhedrín, así solicitase el cuerpo del Rabí para perfumarle y honrarle con las flautas y plañidos de un funeral... Uno de ellos, con deshilachadas melenas, brillantes de aceite, afirmaba que siempre le había conocido inclinado hacia todos los innovadores y hacia todos los sediciosos... Más de una vez habíale visto hablar con el Rabí cerca del campo de los Tintoreros... Con ellos estaba Nicodemus, hombre rico, con ganados, con viñas, dueño de todas las casas de la Sinagoga de Cirenaica.

Otro, rubicundo y grasiento, gimió:

—¿Qué será de la nación si los más respetados se juntan con los que adulan al pobre, y le enseñan que los frutos de la tierra deben ser por igual para todos?

—¡Raza de Mesías!—gritó el más joven con furia dando con el bastón en brejos—¡Raza de Mesías, perdición de Israel!

Pero el saduceo de melenas aceitosas alzó lentamente la mano ligada en tiras sagradas:

—¡Sosegad; Jehová es grande y todo cuanto sucede en la tierra es para su gloria!... En el Templo y en el Consejo, no faltarán jamás hombres fuertes que mantengan la fuerza de la Ley; y felizmente, encima de los calvarios, siempre han de levantarse cruces...

Todos murmuraron:

—¡Amén!

En tanto el centurión con los soldados detrás marchaba